



LA LLUVIA Y LOS CINCO

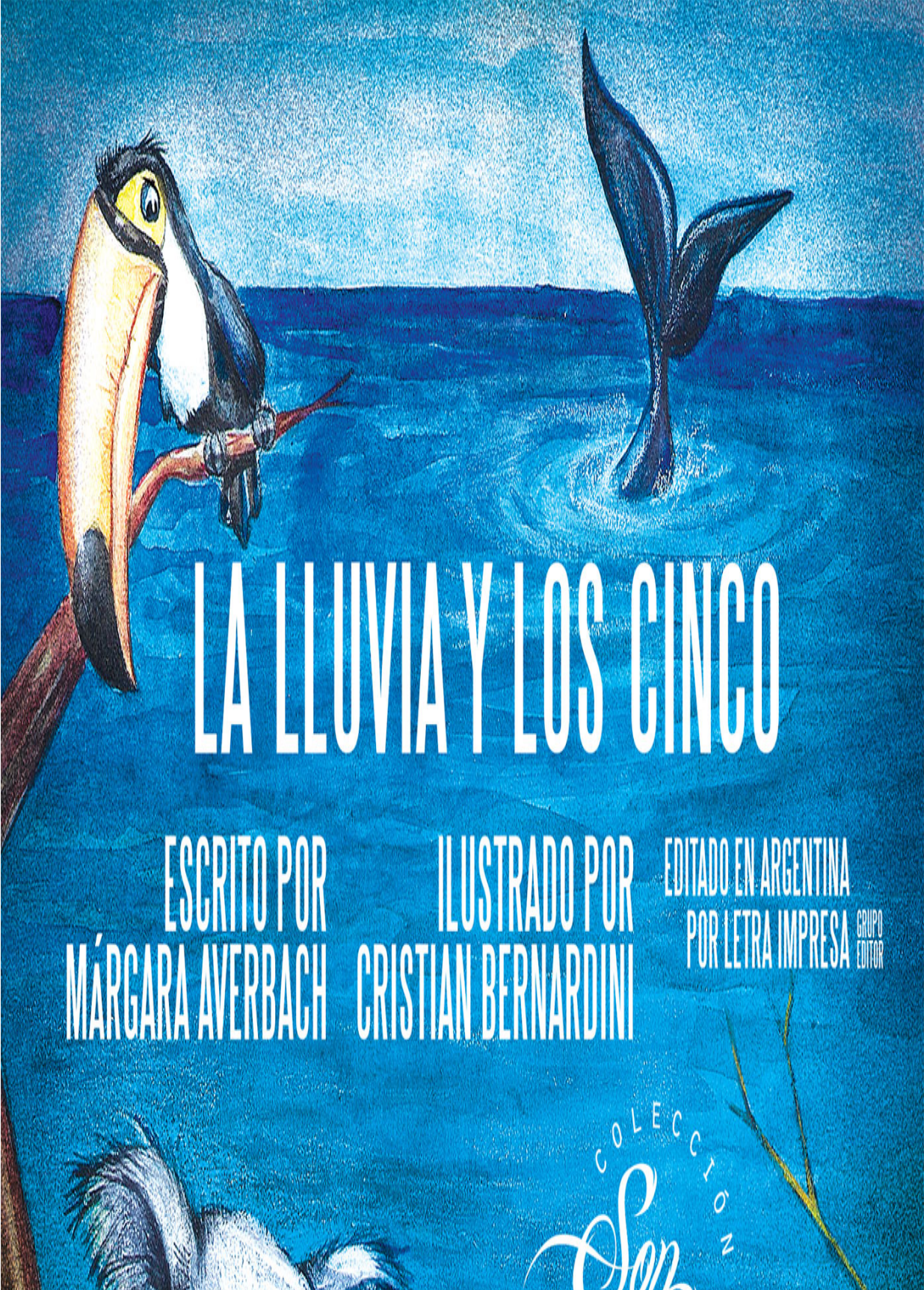
ESCRITO POR
MÁRGARA AVERBACH

ILUSTRADO POR
CRISTIAN BERNARDINI

EDITADO EN ARGENTINA
POR LETRA IMPRESA GRUPO EDITOR

COLECCIÓN
Son Soles





LA LLUVIA Y LOS CINCO

ESCRITO POR
MÁRGARA AVERBACH

ILUSTRADO POR
CRISTIAN BERNARDINI

EDITADO EN ARGENTINA
POR LETRA IMPRESA GRUPO EDITOR

COLECCION
Letra





LA LLUVIA Y LOS CINCO

ESCRITO POR
MÁRGARA AVERBACH

ILUSTRADO POR
CRISTIAN BERNARDINI

EDITADO EN ARGENTINA
POR LETRA IMPRESA GRUPO EDITOR

COLECCION
Letra

Sales

Letra Impresa GRUPO EDITOR



**REALIZACIÓN
LETRA IMPRESA**

**DIRECTORA
DE COLECCIÓN
ELSA PIZZI**

**AUTORA
MÁRGARA AVERBACH**

**ILUSTRADOR
CRISTIAN BERNARDINI**

**EDITORA
ELSA PIZZI**

**DISEÑO
GABY FALGIONE** COMUNICACIÓN
VISUAL

© **Letra Impresa Grupo Editor**, 2020

Guaminí 5007, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina. Teléfono: +54-11-7501-1267
Whatsapp +54-911-3056-9533

contacto@letraimpresa.com.ar / www.letraimpresa.com.ar

AVERBACH, MÁRGARA

LA LLUVIA Y LOS CINCO / MÁRGARA AVERBACH ; ILUSTRADO POR
CRISTIAN BERNARDINI. - 1A ED. - CIUDAD AUTÓNOMA DE BUENOS
AIRES : LETRA IMPRESA GRUPO EDITOR, 2016.
LIBRO DIGITAL, EPUB

ARCHIVO DIGITAL: DESCARGA Y ONLINE
ISBN 978-987-1565-81-8

1. NARRATIVA ARGENTINA. I. BERNARDINI, CRISTIAN, ILUS. II.
TÍTULO.
CDD A863

Reservados todos los derechos.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin permiso escrito de la editorial.

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

LA LLUVIA Y LOS CINCO

Toda la vida tuve charlas con mis parientes no humanos del planeta, los animales. Como esta es una historia sobre cinco de esos parientes, elijo a cinco de los que charlaron conmigo. Este libro es para:

___ Pan Duro, el caballo que metía su cabeza negra por la ventana del rancho de mi abuelo para despertarme, a la mañana.

___ Kimba, mi gato gris y blanco de los doce años que venía a esperarme a la esquina de casa cuando yo volvía del colegio.

___ Ñusta, mi yegua de los veintipico: era zaina y estaba enferma. La quise mucho. La última vez que la vi, estaba en el campo, oscura, fabulosa, crin y cola largas, ojos tranquilos.

Tuán, nuestro dálmata de manchas marrones que nos acompañó a Patagonia en carpa. Sabía reírse. Se reía cuando nos veía.

___ El puma que vi desde mi petisa tobiana a los cinco años. La petisa lo vio primero y retrocedió frente al árbol, un tala, me acuerdo. Yo me asusté y levanté la vista y lo vi: ojos amarillos y negros, aferrado a una rama no demasiado alta, más asustado que yo. La Tierra entera me miraba en esa mirada de sol y noche.

MÁRGARA AVERBACH

/ EL PROBLEMA

El problema era que había una sola máquina de lluvia. Una sola en todo el ancho mundo. Y muchos lugares que la necesitaban. De eso trata la historia que quiero contarles.

Esta es una historia del futuro remoto. El tiempo, eso yo lo sé, no es tan recto como creemos porque ahí está el sueño... ¿No podemos ver el futuro? Yo no lo creo. Esta historia es el futuro que vino a contarme algo en mis sueños.

Hace cuatro noches que la sueño y sé que quiero contarla, que necesito contarla. Porque ustedes y yo, todos, somos parte de ella. Somos la especie loca parecida a los monos que se asoma cada tanto en los rincones de la historia.

Así empieza:

Había una sola máquina de lluvia. Y ese era el problema.

África la necesitaba. En el Norte, estaba el gran desierto, abierto como un abanico; a veces, amarillo y arremolinado; a veces, inmóvil, transparente. Nadie quería destruir el desierto. El desierto tenía que seguir ahí y no necesitaba lluvia. Todos lo sabían: los camellos con sus grandes ojos llenos de lágrimas; las serpientes doradas que duermen sobre las piedras, al sol; los insectos de los oasis, protegidos detrás de las hojas de las palmeras; la arena, inquieta en sus dunas verticales, como montañas. Nadie quería destruir el desierto pero África es mucho más que desierto. Más hacia el Sur, en las enormes sabanas, las jirafas y los leones y los guepardos y las mimosas necesitaban agua. Las selvas y los pantanos esperaban la lluvia con la boca verde y húmeda y abierta., y la lluvia no siempre llegaba.

América necesitaba agua. El Amazonas alzaba sus ondas turbias sobre las tortugas y las pirañas y las grandes boas silenciosas, y pedía tormentas. Los ciervos de las pampas del Sur querían tormenta para sus esteros encendidos, y los osos y los mapaches del Norte se detenían junto a los ríos y buscaban en el cielo tormenta para la fruta y los salmones. En el centro, en las islas del mar color turquesa, los loros y los guacamayos esperaban que ella fabricara las grandes hojas que siembran sombra fresca en el verano.

Y la máquina de lluvia era una sola.

Australia, la árida, con el corazón dolorido de sed, quebraba las piedras para recibir las gotas que buscan las raíces ciegas de sus eucaliptos y los saltos mágicos de los canguros. Los cocodrilos se escondían en el agua de los pantanos y los arroyos, pero los pantanos y los arroyos estaban cada vez más playos. Las islas, dispersas como un rebaño alrededor, cantaban con el mar pero deseaban el agua dulce que baja desde las nubes.

Eurasia necesitaba la máquina para alimentar a los lobos y las perdices y los manzanos y los olivos y los charcos que brillan entre las nieves blancas de las montañas y los acantilados junto a las playas azules. En el Sur y el Este, sus ríos lerdos buscaban lluvia y también los tigres que nadan de noche y los elefantes que se mueven todos juntos cerca del Océano Índico.

Solamente **Antártida**, solitaria como un bostezo blanco, sonreía en paz bajo su lluvia congelada. Antártida no necesitaba la máquina de lluvia. Tal vez por eso (se me ocurre ahora que voy a contar la historia), tal vez por eso fue la enviada de la Antártida la que consiguió solucionar parte del problema.

